

LP 08 / 1956

“La Era de Trujillo” (II)

Un Lema: “Dios y Trujillo”

por Sebastián Salazar Bondy

El golpe militar de febrero de 1930, que depuso al Presidente Horacio Vásquez, puede señalarse como hito inaugural del régimen de Trujillo, que a la fecha suma un cuarto de siglo de imperio sobre la República Dominicana. Ese cuarto de siglo de historia patética, durante el cual el endiosamiento del dictador ha llegado a extremos novelescos (¡cuántas veces los hechos reales que Galíndez anota nos recuerdan páginas de Valle Inclán y Miguel Angel Asturias!), está resumido en 160 páginas de las 452 que tiene “La Era de Trujillo”. Ocho períodos sucesivos, con ligeros matices de tendencias distintas, determinadas principalmente por las circunstancias internacionales, dividen este largo tiempo de opresión. Desde febrero de 1930 hasta la toma “constitucional” del poder, en agosto de ese mismo año, fueron destruidos los partidos políticos tradicionales y consolidadas las fuerzas que no pertenecían a ellos en torno al candidato único, Trujillo. En seguida, el propósito fundamental del nuevo mandatario fue asentar su dominio personal y eliminar tanto a los grupos cuanto a las personalidades que podían representar un obstáculo para sus fines absolutistas. En forma cruenta o incruenta, desaparecen del panorama sus antiguos aliados Desiderio Arias, Estrella Urefia —Vicepresidente en su fórmula— Rafael Vidal, etc.

A partir de ahí, la preocupación esencial de Trujillo es ganarse, por medio de alternadas humillaciones y exaltaciones de sus adversarios, la voluntad de los políticos, quienes ante el peligro de la persecución ceden y se entregan al dictador. Y si hay conspiraciones ellas sirven, en último caso, para afianzar a Trujillo en el poder. Así transcurren ocho años. A raíz de una bárbara matanza de haitianos en la frontera —al parecer destinada a detener la emigración clandestina—, el dictador se ve obligado en 1938 a desistir de su tercera reelección. Impone, entonces, a Jacinto B. Peynado, mientras él —en verdad, el gobernante— dirige de hecho la administración y la política del país. A Peynado, que sólo gobierna dos años, lo sigue Manuel de Jesús Troncoso, quien en 1942, o sea, luego de otros dos años de sumisa regencia, devuelve el mando a su Jefe. El triunfo aliado sobre los totalitarismos había traído aires democráticos a América, y Trujillo gobernó, entonces, simulando una oposición —que él mismo controló— permitiendo, con el fin de establecer para su propio beneficio una antinomia de extremismos, la actividad de ciertos grupos comunistas. Hacia 1947 ya no le hace falta esta farsa, y retorna a sus métodos característicos. De 1947 a 1952 —estamos en el séptimo período de la “Era”— la apoteosis trujillista es triunfal, su hegemonía absoluta, su fuerza personal omnimoda. En 1952, sin campaña electoral previa, dentro de un sistema de traspaso que se ha hecho rutinario, pone el mando en manos de su hermano Héctor, que actúa como un simple testaferro. Hoy, todo parece indicar que Trujillo volverá a ponerse la banda, teniendo de Vicepresidente, como forma de prepa-

rarle el camino presidencial, a su hijo “Ramfis”, heredero obligatorio del gobierno.

Trujillo ha sido objeto de todas las adulaciones públicas y privadas. Peynado al asumir la presidencia dijo: “El iluminador se retira del poder dejando a su sucesor, que él mismo señaló al pueblo, la fulgurante estela de su inmensa obra, cuya preservación será el primer deber de la Administración que hoy se inicia”. Y Troncoso, al tomar el mando de éste, declaró: “...seré un continuador fiel de la obra política iniciada el año 1930 por el Jefe Supremo y Director del Partido Dominicano, Rafael L. Trujillo Molina... y que sólo en él buscaré inspiración y apoyo para continuar esta obra que es suya y a la cual debe la Nación la felicidad de su presente y el aseguramiento de su porvenir”. De tal modo, la obsecuencia —en la prensa, en la radio, en el parlamento, en la Universidad, en todos los lugares en donde la palabra se exprese— ha sido establecida como el único mérito que abre las puertas de la función pública y el honor. Cada vez que se cita el nombre de Trujillo son indispensables varias líneas de tipografía: “Su Excelencia el Generalísimo Doctor Rafael Leonidas Trujillo Molina, Honorable Presidente de la República (cuando lo es), Benefactor de la Patria, Reconstructor de la Independencia Financiera de la República, Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas, Primer Obrero, Primer Maestro, Primer Periodista, etc.” La capital del país ha sido llamada, en su honor, Ciudad Trujillo, hay una provincia Trujillo y otra Trujillo Valdez (en memoria de su progenitor). La montaña más alta se llama Pico Trujillo, y poblados, plazas y calles llevan su nombre o el de sus parientes más cercanos. Las estampillas lucen su efigie, los “merengues” —la melodía popular dominicana— lo alaban, los anuncios de la lotería lo lucen. Esta práctica —con su secuela de nepotismo y servilismo— tiene su correlato en el mundo de los negocios, pues no existe ninguno en que, de diverso modo, no aparezca su nombre o su propia persona. Y como imponente manifestación de este clima, dando la bienvenida al viajero, un cartel capitalino reza esa frase que es lema y definición del país: “Dios y Trujillo”.

La relación de éstas y otras realidades ocupa en el libro de Galíndez bastantes páginas, y ello sería ocioso sino sirviera para brindar un panorama amplio y concreto de la situación en que vive la República Dominicana desde hace 25 años. Con toda razón, el análisis del origen y esencia de este régimen puede servir, como el desgraciado profesor español se lo propuso, para llegar al fondo mismo del problema que entrañan las tiranías latinoamericanas, sustentadas en factores sociales, económicos y políticos cuyo desarraigo permitirá establecer definitivamente en nuestro dolido continente la Democracia, tal cual la concibieron los fundadores de la Independencia. Para ello está iniciada una lucha cuyas batallas más difíciles no hemos terminado de dar.